

ca. Había abdicado, no comprendía más que la obediencia pasiva, y como por tanto tiempo la soportara, estaba dispuesto a todo; un día será el señor de Roma, pero en el instante a que nos referimos, era menos que el último de los esclavos, menos que un esclavo: un instrumento sin pensamiento, sin gesticulación, sin habla, marcado con el indeleble sello del terror. El "desterrado de Rodas," explica muy bien el "desterrado de Caprea."

## IV

## LA ADOPCION

LA adopción de Tiberio y la ancianidad de Augusto comprenden un espacio de diez años, época curiosa, instructiva, llena de moralidades; es decir, de lecciones para los que subordinan los hechos a la moral. Es una larga comedia representada por tres actores de primer orden: Livia, artista consumada, superior a las conocidas, que se eleva sin esfuerzo hasta el drama y hasta la traición. Tiberio, humillado por su permanencia en Rodas, dispuesto a todo, resignado, indiferente, dócil como el esclavo del hogar. Augusto, en fin, el amo satisfecho y engañado, burlado y exigente, disimulado y descuidando del mañana, mezcla de sarcasmo, de ceguedad voluntaria y de egoísmo.

Ciertos espíritus burlones pretenden que los soberanos, se proporcionan el placer de la comedia a costa de sus súbditos: confesad, señores, que es muy justo, cuando se presenta la ocasión, que los pueblos usen de las represalias, y se diviertan con la comedia, a costa de

los dueños del mundo, principalmente cuando se llaman Augusto, Tiberio y Livia. Los antiguos se vanagloriaban de penetrar los secretos de los dioses, nosotros procuraremos profundizar los del imperio.

Aparece en escena primeramente la encantadora y fría Livia, impenetrable como el destino, con los labios cerrados y el alma llena de audacia. ¿Qué ha hecho, qué trama ha urdido, durante el destierro del hijo ingrato, que había conducido hasta el dintel del poder supremo, y que desbarató sus planes por su fuga? Su cólera, cuidadosamente contenida, no ha dejado de producir sus frutos. Se ha vengado de Julia; la denunció, le arrancó la máscara, y la hizo deportar, sin temor de romper el último lazo que unía a Tiberio con Augusto: ha castigado al mismo Tiberio abandonándole a su miserable suerte, y permaneciendo sorda a sus gritos, por que su hijo tan exaltado y tan poco querido, no tenía precio sino como instrumento; porque no era más que la encarnación viril de la ambición de una mujer, y muerta la ambición había concluido para Livia. Entre tanto, los años transcurren, trayendo cada uno de ellos, si no el arrepentimiento, a lo menos algunas reflexiones. Augusto envejecía, contaba sesenta y tres años cumplidos y estaba cerca el sexagésimo cuarto, y su salud cada día más delicada estaba verdaderamente gastada. Si su médico hubiera redactado un diario de sus enfermedades, como lo hizo el de Luis XIV, los males del gran emperador hubieran formado una lista tan larga y tan poco edificante como la de los del gran Rey.

Basta para explicar las crecientes inquietudes de Livia, lo que la historia ha recogido sobre la salud de Augusto. Comenzaba a dormirse en la litera y aun en la calle, síntoma de apoplejía. Tenía tan débil el ojo izquierdo, que podía temerse que el vigilante del mundo se quedara ciego. Un herpes agudo le causaba comezo

nes tan vivas, que continuamente se le frotaba con un "strigilo." (1) En las manos tenía la gota, y para escribir se había hecho construir de cuerno una especie de vaina para los dedos, y padecía también de cálculos, otra forma de la gota. Cojeaba de la pierna izquierda, lo que no tenía nada de gracioso; y sufría de obstrucciones en el hígado, lo que era más grave. En una palabra, enfermedades diversas, periódicas y crónicas, con hinchazones del diafragma, flucciones y otras varias, alarmaban sin cesar a los que le rodeaban. Los cuidados que ocupaban a un soberano tan absoluto como Augusto, su gusto tan desenfrenado por las mujeres, que en nada se diferenciaba de una completa prostitución, acabaron de gastar el servicio de su inteligencia y de sus sentidos y de sus fuerzas, que siempre fueron medianas. Este doble exceso que no es raro entre los que pueden permitirse todo, se paga de dos maneras; ya por la debilidad del cerebro, ya a costa del cuerpo. El dichoso Augusto conservaba la lucidez de su espíritu, y sólo estaba castigado con los padecimientos del cuerpo.

Y ¡cuántos cuidados le prodigaba la prudente Livia! ¡de cuántas precauciones, precauciones verdaderamente maternales le rodeaba! Le hacía frotar con aceite tibio, lavar con agua igualmente tibia bajo un pórtico a donde daba el sol; y como era demasiado nervioso para soportar un baño entero, le obligaba a mojarse alternativamente las manos y los pies, que no cesaba de agitar.

---

(1) Instrumento en forma de resacador, de bronce, plata u oro, con el que los gladiadores se quitaban del cuerpo la mezcla de aceite de olivos, con que se ungián el cuerpo antes de sus ejercicios, y el polvo y sudor que con el aceite se mezclaban.—N. T.

No por esto la naturaleza se desvió de su camino, y la debilidad de Augusto fué tal, que no pudo asistir más al senado, que se reunía en el templo de Apolo Palatino, a la distancia de unos cuantos pasos de la casa del Emperador, quien solo tenía que dar algunos y a travesar una pequeña plataforma, para encontrarse en medio de la asamblea. Llegó el día en que no pudo hacer ni ese esfuerzo; pero los padres conscriptos eran infinitamente condescendientes para con Augusto y eligieron de su seno veinte delegados, que se reunían en la pieza del Emperador alrededor de su lecho, en unión de sus nietos y de los cónsules, y las decisiones todas de aquel consejo, tenían fuerza de ley y regían en todo el imperio.

Por esto Augusto, en los últimos años de su vida, gobernaba el mundo desde su lecho. ¡Qué cosa tan admirable! ¡qué perfección de ruedas! ¡qué máquina tan sabia la de la administración romana! ¡cuán bien engranado y dispuesto estaba todo! ¡qué suaves ponía el aceite las articulaciones de ese prodigioso mecanismo! Un anciano impotente tiene, a la cabecera de su lecho, el destino de todos los hombres que habitan el mundo civilizado, que haga un gesto, que pronuncie una palabra y todo se moverá del uno al otro lado, hasta las más lejanas fronteras, los romanos estarán administrados, mandados, contenidos y sujetados. ¡Cuánta docilidad, cuánto cansancio, cuánto envilecimiento! Esto me hace pensar en esos buques de vapor que, navegando sobre un mar inmenso, son dirigidos por un capitán indolente, que sin dejar su hamaca, por medio de un conducto acústico, trasmite sus órdenes y le da la conveniente impulsión. La máquina funciona sin cesar de día y de noche, la embarcación voga, nada la detiene, ni el viento ni las olas; más hay un escollo que no ve el capitán encerrado en su camarote, escollo oculto, imprevisto, fatal, sobre el que puede estrellarse.

De ese peligro no tiene conciencia Augusto; más Livia lo prevee, teme por ella y vela. Livia tenía entonces sesenta y un años; pero gozaba de una completa salud, de toda su fuerza, de toda su energía que le conservaba la vida retirada y casta que había pasado en la casa del Palatino, y su ambición no estaba satisfecha todavía. Debía sobrevivir a Augusto, y muerto éste, ¿qué sería de ella? ¿qué suerte correría el imperio? ¿pasaría a manos de los dos Césares hijos de Agripa y de Julia? Eran muy niños; entregados al placer, corrompidos por los aduladores, enervados antes de tiempo, eran incapaces, y el imperio estaba comprometido, el imperio no estaba aun cimentado y al que hacía falta una consagración definitiva. Pero si esos niños eran capaces, la comprometida era Livia, estaba perdida, porque los hijos de Julia llamarían a su madre, Julia reinaría y su rival iría a ocupar su lugar en el destierro. ¡Qué alternativa! y el peligro se aproximaba, era inminente. "¡Oh! ese Tiberio, ese cobarde! si no hubiera destruído mis planes, estaría a mi lado y muy cerca del trono. ¿Qué hace en Rodas? ¿Qué ha sido de él entre esos griegos cuyo traje ha adoptado? ¿Cuál será el estado de su alma, valdrá algo todavía? ¿qué partido podrá sacarse de él? Veamos sus cartas. — Veámosle a él mismo. — Que vuelva, es preciso. — Por fin, ¡ya volvió! ¡hele aquí!

Si un observador capaz de penetrar las almas, hubiera asistido a la primera entrevista entre la madre y el hijo, después de ocho años de separación, habría hecho el estudio más dramático, a través de las reticencias, el disimulo y las mentiras de estos dos seres, tan semejantes entre sí y tan distantes el uno del otro. Entre ellos jamás hubo ni ternura ni expansión. Livia, complaciente con Augusto, afable para todos, dulce para con los que necesitaba, era severa para ella misma y mucho más para su hijo. Tiberio, por su parte, siem-

pre melancólico, volvía del destierro más taciturno e irritado contra su madre que siempre le había inspirado aversión, cuyo recuerdo nos han transmitido los historiadores, y nutriendo contra ella también la más legítima desconfianza. Las madres ambiciosas, señores, no se preguntan a sí mismas, cómo podrán sus hijos juzgar su egoísmo, pues comprenden que al acariciarlos, acarician sus proyectos, que al besarlos, besan su ambición en carne y hueso, que al estrecharlos con pasión entre sus brazos, estrechan sus sueños, sus quimeras y sus triunfos.

Tiberio conoció muy temprano la desgracia, para conservar alguna ilusión por su madre; pero los sentimientos y el cariño de su hijo, no podía tenerlos en cuenta una alma como la de Livia. Estaba dominada por otras preocupaciones; ve entrar a Tiberio, y de una simple mirada, esta mujer acostumbrada a penetrar lo todo, lo mismo los secretos de Estado que las conciencias, adivina la verdad. Reconoce bajo una fisonomía tranquila y una buena salud, una palidez secreta, algo de enervado, que revela la debilidad interior: la inteligencia está intacta, pero el alma desgarrada; la máquina está perfecta, más suave que antes; pero el resorte está roto. Y sin embargo, es cuanto pide Livia: "El cuerpo está bueno, yo seré el alma; subsiste la inteligencia, yo la pondré en juego; la máquina es excelente, yo seré el motor." Y supongo, señores, que al despedirse de su hijo después de una conversación que nadie descubrirá, una ligera sonrisa vagó por sus labios; luz interior que iluminaba las profundidades más ocultas, luz profética que le hacía ver el camino, aunque fuera a través del crimen. Los antiguos nos hablan de una hábil obrera, que la mitología ha consagrado con el nombre de Aracné, que transformada en insecto, teje sus telas, y tiende asiduamente sus redes. En vano las despedaza el tiempo; en vano las desgarra el pájaro

con la extremidad de su ala; en la mañana, al despertar la aurora, la tela está reconstruída, más sólida, mejor anudada, mejor suspendida. ¿Qué importa que las perlas del rocío se condensen en ella, ni que los rayos del sol del levante, depositen sobre la superficie sus reflejos de púrpura y esmeralda? ¿Qué importa que la maga que pasa agregue a esos colores múltiples una idea de sangre y de veneno? El crimen no existe para ciertas almas, para ellas se llama "necesidad." Cuando se medita en la conquista del mundo, las cabezas que haya que segar, no inspiran más emoción ni remordimiento que los moscones que se agitan espirantes sobre la tela de Aracné. Así se explica la inalterable persistencia y la criminal serenidad de Livia.

Para los que estudian a Tiberio, la cuestión interesante es ésta: ¿fué el cómplice de su madre? ¿conspiró contra los vástagos de Augusto?

En cuanto a mí, estoy convencido que Tiberio no fué cómplice, por tres razones: Primera, porque era inútil que lo fuese; una mujer como Livia se bastaba a sí misma, tenía sus criaturas en todo el imperio y en todos sus palacios, y le bastaba decir una palabra o anunciar un deseo para que se hiciera lo que juzgaba oportuno. Segunda, porque estaba incierto, pues Tiberio desterrado, tolerado por piedad en Roma, sin amigos, sin poder, oculto en un barrio lejano; no podía prestarle socorro alguno. Tercera y última, porque era peligroso, pues Livia había leído en el alma de su hijo, a qué grado de bajeza le había reducido el infortunio. ¿Quién sabe si en un exceso de terror hubiera traicionado involuntariamente a su madre? ¿quién sabe si para salvarse, se habría convertido en su delator?

No; Tiberio no estuvo iniciado en los crímenes de Livia, que era muy superior a él para comprometerle y muy prudente para dejarse comprometer por él. Livia lo hacía todo por ella y por él, e ignorándolo él mismo:

le estaba trazado el papel de hijo, se le empujaba por determinados medios, y él espera, calla, juzga y se aprovecha.

En efecto, señores, comparad las fechas. El año 755 de Roma, o sea el 11 de la era cristiana, vuelve Tiberio a Roma; el mes de Agosto del mismo año, Lucio César muere en Marsella, de un mal sin gravedad, desconocido, pero que le arrebató; y el siguiente, el año III de la cristiandad, Cayo César, su hermano mayor, que a penas contaba 21 abriles, es herido en Asia por una flecha. La herida es ligera, los soldados las sufren todos los días, el arma no estaba envenenada, y sin embargo, Cayo languidece, un mal desconocido le invade y muere antes de la primavera del año siguiente, el 24 de febrero del año IV de nuestra época.

La coincidencia entre la vuelta de Tiberio a la muerte de los dos príncipes en la flor de su juventud, los romanos la explicaron, designaron a los envenenadores, no por un grito (porque en tiempo de Augusto no se gritaba), sino por un murmullo universal. Estas sospechas están registradas por los más graves historiadores, por Tácito en sus "Anales" (Libro I, 3), por Dion Casio (Libro LV, II), y por un naturalismo, por Plinio, cuyo testimonio tiene tanto más peso cuanto que en lo menos que se ocupaba era en la política. (Hist. nat. VII, 46.)

Paréceme, señores, que nuestra comedia se convierte en drama, y que a pesar nuestro, nos dejemos arrebatados por serias reflexiones, y hacemos mal porque todo pasa en familia. ¿Deberemos indignarnos más que el "divino" Augusto? El "divino" Augusto, de avanzada edad, era más débil que anciano; pero tenía una compleción moral tan feliz, que todo se le deslizaba. ¿Sería por ese simple sentimiento de indiferencia que procura la sucesión de los hechos, acumulados durante una larga vida? ¿o el egoísmo natural en un hombre, para

quien nada eran los demás, o tal vez la siempre creciente influencia de Livia? Porque Livia le presentaba las cosas bajo tan dulce aspecto, tan verosímil, tan encantador, que se consolaba antes de sufrir el dolor. Esos jóvenes príncipes habían comprometido el imperio, carecían de vigor, de cualidades morales, habían sido frívolos, disipados y juguete del primer aventurero o del último favorito, y la gran obra en que Augusto y Livia habían trabajado, el monumento que habían levantado y que se lisonjearan sería más durable que el acero, habría perecido entre manos indignas. Antes que el bien de la familia, está el del público, antes del dolor particular, la razón de Estado, y como la familia de Augusto contaba aún algunos vástagos, el bien público comenzaba a sobreponerse, y la razón de Estado a triunfar, pues recordaréis que el tercer hijo de Agripa y de Julia, Agripa Postumo, fué al punto deportado como a su vez lo fué la segunda Julia, salvándose únicamente Agripina, nieta de Augusto, porque habiéndose casado con Germánico, nieto de Livia, había pasádose al campo de sus enemigos.

Así fué como se desarrollaron dos planes, uno al lado del otro y más tarde uno contra otro llegando el de Augusto y el de Livia a su solución. Augusto quería fundar la grandeza eterna de su raza; Livia, extraña y madrastra, ayudada por el destino y muchas veces su pléndolo por el crimen, hizo desaparecer toda la raza de Augusto, y él mismo acabó por suprimir civilmente a los que no habían perecido, y no habían sido sepultados por sus propias manos en su magnífico mausoleo, de suerte que Tiberio Nero, ese débil defensor del partido de Antonio, cuando cedió su mujer en cista a Augusto, dió al hogar imperial una furia que debía devastarlo, no una furia con enroscada serpiente en la cabeza y un rostro terrible y amenazador, sino una furia bella, como el arte antiguo en la época del refinamiento.

to, como los grabados de los camaféos, por ejemplo, sabían representar a Medusa, virgen igual a Venus, de facciones puras, boca sonriente, ondulosos cabellos como las ondas de una mar tranquila, alas delicadamente ajustadas en la parte superior de la oreja, ojos de una limpidez implácable, y un encanto al que nadie podía resistir.

Volvamos al tono de la comedia: usemos del género familiar y estudiemos algo de historia natural. No es de buen gusto, pero grandes autoridades y entre ellas la primera, la Biblia, nos representa a Nabucodonosor cambiado en bestia y paciendo la yerba: vienen en seguida los fabulistas que cuando quieren hacen hablar a los reyes y grandes de la tierra, los substituyen con animales, (y el mismo Tiberio era afectísimo a las fábulas y juraba a menudo por Esopo), y la historia natural nos enseña que la hembra de cierto pájaro pone un huevo cada primavera, sólo uno, en el nido de otro pájaro de más pequeña especie. Este relato que es la admiración y la dicha de nuestra niñez, es una de nuestras primeras revelaciones científicas; pero nunca se piensa en el padre de esta cría aumentada, sino después de algunas semanas, cuando sus fuerzas están agotadas para nutrir al extranjero a quien ha hecho nacer. El intruso pronto crece y se desarrolla, en medio de sus hermanos más pequeños y débiles que él: empuja a la derecha y cae un chicuelo, se mueve a la izquierda y derriba otro, de manera que la cría muere al pie de un árbol, de hambre y de frío, mientras que el hijo único prospera, lo llena y absorbe todo; pero cuando le crecen las plumas, cuál será la impresión del padre adoptivo, cuando observa que aquel enorme monstruo no tiene nada de su raza, que no lo ha escogido, que le ha soportado, que ha eliminado a los suyos, y que se le presenta como un objeto de horror, Tales debieron ser los sentimientos de Augusto, al encontrarse en presen-

cia del hijo de Tiberio Nero, que no era nada suyo, que desde su infancia le había inspirado la aversión más profunda, que le repugnaba tanto por su espíritu como por su figura, que había relegado a sus fronteras o a una isla lejana durante casi toda su vida, y que sin embargo quedaba sólo a su lado reemplazando a toda su familia, a quien se veía obligado a adoptar, a considerar, a acariciar por necesidad, por la absoluta carencia de hombres de Estado, de Generales, de administradores, es decir, del inevitable vacío que a su derredor había criado el poder absoluto.

Aquí es donde comienza la verdadera comedia, señores, porque es preciso que no tomemos a Augusto por ese anciano fácil del teatro moderno, a quien se engaña y no se apercibe de ello. Tiberio debía pagar caro la amistad de Augusto, y para ello estaba preparado. No me refiero a los cortesanos, a esos pobres cortesanos, cuyo estado os figuraréis, cuando Tiberio el apestado, el desterrado de Rodas, cuya cabeza hubieran todos a porfía querido arrojar sobre la mesa del alegre Cayo, fué repentinamente nombrado César, revestido del poder tribunicio, adoptado por el emperador, llamado al gobierno de las provincias y destinado al mando de los ejércitos. Os dejo el cuidado de bosquejar el cuadro de esa evolución general, que un coro de Aristófares, no habría nunca ejecutado con tal presteza; vuestra experiencia encontrará por todas partes elementos y modelos, y sólo os pido alguna indulgencia para los desgraciados habitantes de Nimes, nuestros antecesores, que con tanta imprudencia habían echado por tierra las estatuas y que hubieran querido volver a levantar en las uñas para hacerlo con más prontitud. ¡Ay! Tiberio había subido nuevamente al pináculo, antes que las estatuas se hubieran colocado de nuevo sobre sus pedestales.

Y ¿cuál fué la actitud de Tiberio ante tan imprevi-